

“EL MERCURIO”.
Waldemar Sommer.
Artes y Letras.
1992.
Santiago. Chile.

SERGIO CASTILLO

Treinta y cinco años dentro de los campos trabajosos de la escultura. Tiempo ese suficiente para demostrar, sin duda, los méritos, las características personales de un autor. Se trata, en ese caso, de la labor consecuente de Sergio Castillo, un artista nacional para quien Estados Unidos y España constituyen también sitios propicios de trabajo. Su retrospectiva amplia en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes - Sala Matta y hall central- muestra elaboraciones, siempre en metal -acero, bronce-, que se arman mediante soldadura y forja. Tal sistema da rienda suelta a la espontaneidad de un autor, que sabe conducir esa inmediatez de factura. De un modo global, encontramos ahí la presencia constante de una u otra de dos esencias formales: la recta, la curva. Concretan ambas lo medular de su obra.

Por cierto, aparece una etapa inicial, donde la influencia de los constructivistas rusos resulta manifiesta -fines de los años 50-, donde se advierten ecos de Marta Colvin -las construcciones rectilíneas-, de Lily Garafulic- las piezas redondeadas y de volumen más cerrado-. Pero las dos formas capitales de Castillo eclosionan, durante el período de madurez, a través de la abstracción. A partir de ambas tenemos, por un lado, las fugas poderosas de alargadas rectas volumétricas. Estas, con un núcleo central que las reúne y potencia, se lanzan con ímpetu conquistador, rumbo a un espacio que hacen suyo. Son verdaderas explosiones lineales, verdaderos enjambres de rectas que se proyectan hacia los distintos puntos del ámbito circundante, como rayos de sol.

Y lo realizan ya individualmente, ya aglomerados en planos más o menos paralelos. Su movilidad expansiva se refuerza con los sutiles juegos de luz que la claridad del día o de la luz artificial de un interior, impone sobre las superficies metálicas.

Dentro del sector descrito ubicamos, acaso, las piezas más atractivas y personales de Castillo. Por ejemplo, la roja "Erupción", de 1986, que corresponde, además, a un estudio de la obra de grandes dimensiones que hoy luce en el Parque de las Esculturas santiaguino. Un desarrollo de la misma forma básica son las bandas que, en una disposición parecida a la anterior y más o menos agrupadas, vuelan en pos del entorno vacío. "Encuentro", de 1988, podría resultar un buen testimonio suyo. En otra oportunidad, semejantes franjas se fragmentan y toman el aspecto de bandada de pájaros en pleno viaje: la escultura de 1971 en homenaje a M.L. King, que orna la Boston University (EE.UU).

La segunda clave formal del expositor apunta hacia una figuración bastante relativa que evoca sexo femenino y su capacidad conceptiva. Pero, al mismo tiempo, mucho de flor ya fecundada y próxima a convertirse en fruto poseen los trazos curvos, y se acercan a volúmenes apenas abiertos, de ese sector de la retrospectiva. Destacan aquí tra-

bajos como "Gestación II" -1973-, "Luna" -1984- y su fisonomía entre germinal y cósmica "Gestación Y" -1990-. Un interesante producto que consigue unificar las dos vertientes fundamentales anotadas es "Fútbol" -1982-, en el que termina por imponerse la condición vegetal.

Tampoco falta en la obra del expositor un conjunto de carácter netamente figurativo. Hay desde una "manzana" (1976), varios elocuentes y vigorosos "toros" (1974 - 1981) y juegos de ajedrez -en especial, uno de 1985, basado en airosos tubos de metal, hasta representaciones de Jesucristo -una Cabeza y un Crucificado, que incluye restos de ferretería en su estructura-. No obstante, ese figurativismo nace de la mano de la experiencia abstracta del autor, condición que amplía su horizonte.

En los desnudos femeninos, la sombra de Brancusi surge con claridad. Llama la atención el dúo de 1979, "Bilitis". Entretanto, un lindo torso de mujer, aunque de índole más académica, resulta el "Homenaje a Neruda", del mismo año anterior. Por su parte, un atrayente trabajo de 1987, "Grita Libertad", aporta la magnificación de una figura situada en el linde mismo del objeto - un pedazo de alambre de púas-. Abre, a la vez, un derrotero inhabitual en Sergio Castillo.